

Dos poemas en prosa

Gustave Roud

Dragón

Hay otra puerta y nuestros caballos nos esperan lejos de los suyos: he atado las riendas a las argollas del poniente. Levántate dulcemente, sal, yo te seguiré sin decir nada. Ellos no piensan en nosotros, suenan, se duermen, esos doce muchachos borrados hasta los hombros entre los planos humos. Sus cigarros sobre el lustre de las mesas enroscan en su nuca una blanda cadena de torpor. Si se acuerdan de su fuerza, entonces hay tiempo para una risa, para un vaso hacia los labios, para un puño que cae. Un pestañeo, y el sueño regresa a ellos como una ola. Rosa abre la ventana sobre una pálida mancha de nieve olvidada, extiende los brazos, tiritita. El caballo de Airné vuelve la cabeza y acaricia con los ollares sus dos manos.

Sobre tu mano sin anillo se arrastra el olor de este triste ramo de invierno, de las cañas teñidas, de las inmortales. ¡Polvo en los pliegues del jarrón azul, polvo sobre la franja del papel de oro! Es el invierno el que ha hecho de esta sombría sala su última morada y nos agarra por la garganta. ¡En vano! Tú sabes que los prados viven.

Yo ni siquiera sabía tu nombre. Pero he visto tu mano viva cerca de las mías, y sus heridas de leñador mal curadas; he visto cómo vive tu pecho bajo la sábana oscura manchada de un único narciso de las nieves, cómo palpita en tu cuello la larga vena de la sangre nueva. Alzabas hacia mí unos ojos tan tranquilos y tan puros que he puesto mi mano sobre tu mano herida. Lágrimas, palabras vanas, memoria amarga de nuestros galopes antiguos de pueblo en pueblo hasta por la noche, el vino demasiado frío, las muchachas de manos rojas, las que vuelven a poner riendo un peine ciego en sus cabellos grasos, látigo del viento de abril, humos, violetas a lo largo de los caminos respiradas y mordidas sin fin, todo ese triste invierno de mis años perdidos que no le he dicho a nadie y que habría querido decirte a ti en voz baja, lo veo fundirse bajo el fuego azul de tu mirada como un montón de nieve desgastada. Ahora estoy desnudo.

Un ala de sol dora dulcemente el cristal más alto, ¡mira!, y la paloma pintada del estandarte de pronto balanceada por el cierzo hasta el umbral del vuelo prohibido. El joven polvo del camino se levanta, extiende los brazos, se arremolina y cae. ¡Escucha (pero tú ya lo oyes) ese débil silbido en las cerraduras! Los signos invaden nuestra prisión. Es el mundo el que resucita con tu sangre. ¡Ven! No tragues más ese vino muerto. Deja que muera tu cigarro y que Rosa ría, prendida en un matorral de brazos blandidos. Levántate dulcemente, yo te seguiré sin decir nada. Algo inmenso más allá de los muros nos está llamando, algo está comenzando para que nosotros solos entremos en ello como en el mar. Uno al lado del otro, el paso de nuestros caballos confundido por las fachadas; ¡uno al lado del otro, sus brincos en la hierba viva y en la hierba muerta, el azote de los ramajes, la fina red de sombras agujereada por un solo salto! Veré detrás de ti el horizonte encabritándose y cayendo, transfigurado, veré cómo alrededor de tu rostro surge y florece una tierra nueva, un cielo nuevo. ¡Don de una mirada pura! ¡Don de una sangre pura! Me devolverás los pueblos uno a uno, los caminos, las colinas. Me devolverás el mundo perdido.

El narciso de las nieves en tu vestido se marchitará. No habrá ya otra cosa que nosotros mismos, nuestra fatiga, nuestra sangre. Una luz en el cielo cada vez más amarillenta y madura, débil y rojiza como las hojas muertas, nosotros y nuestra soledad, los bosques cada vez más apretados, su olor de nieve y de resina, la escarcha, la sombra, nuestra fatiga, nuestra soledad y nuestra sangre. Te diré: ¿Conoces el camino? Yo lo he perdido. Responderás: Ya no hay camino desde hace tiempo; estamos perdidos. ¿Qué importa? Ya lo sabía.

Nuestros caballos cansados tropezarán finalmente ante la noche junto a un pobre ramo de alisos o de fresnos. Inmóviles, apoyados en sus crines, con un copo de espuma a nuestros pies semejante a un poco de nieve olvidada (de lo alto de la más alta rama, ¡oh ese canto de un solo mirlo que se derrama en nuestro corazón como un vino!), miraremos los dos la misma estrella, una larga estrella desnuda temblando entre nuestras pestañas como una lágrima.

Llamada de invierno

¿Dónde estás?

¡Cuántas veces gritada esta llamada hacia un ser, desde el fondo del abismo intemporal en el que la casa se ha deslizado dulcemente como

un navío perdido! Lo absoluto triunfa en esta habitación, fomentado por el fuego blanco de las nieves. Los retratos hablan, los poemas cantan. Toda una vida inmóvil se ilumina en el espejo profundo de la memoria. Todo resplandece y se fija en un inexorable presente. El corazón, bajo la punta del dedo, se extenua y se detiene. Llamo, a través de las leguas, de los años, y sin ni siquiera pensar en la irrisión de mi voz cerrada, a un corazón que late.

¿Dónde estás?

Y, sin embargo, conozco el camino hacia el norte que llega, al cabo de largas horas, al granero donde sigue ardiendo el trigo que tú segabas. Partiría con los ojos cerrados. Pero la noche ha llegado con la luna, y todo el horror de las marchas de otro tiempo resucita en la nieve infinita. El verano puede seguir mintiendo al adolescente que no ha tenido la fuerza de decir *sí* enseguida a su soledad. Un pájaro canta para él; las flores rozan sus manos desnudas. El viento le lanza al rostro toda una pradera de junio como un ramo de olores. Necesitará, para que acabe sabiendo, la travesía paso a paso de las noches extremas de diciembre entre los cadáveres de sus pensamientos, cuando su soplo, que, sin embargo, es un soplo de hombre, sube como un vaho vacío, un vano vapor hacia las estrellas (Orión, ¡siempre Orión sobre el hombro de la colina oriental iluminada!), y será necesario que finalmente golpee con la frente el cristal color de miel que lo llamaba a través de la sombra como otra estrella, la transparente muralla infranqueable que lo separa para siempre de la felicidad de los hombres.

¿Para qué volver a partir esta tarde, puesto que siempre está la misma respuesta al final de la nieve y de la noche, la misma lámpara hacia la que los hombres tienden sus manos dormidas, los labios abiertos a palabras que *intercambian* riéndose? A ti, el único por quien yo he podido creer durante una hora que no es mortal mirar vivir en vez de vivir, que sigue habiendo una especie de vida –y la más bella–, te llamaría en vano allí de umbral en umbral. Los perros, como en otro tiempo, saben brincar desde su sueño, las roncadas bestias que aúllan atadas a una cadena, ¡y ya no son ellos, sino la casa, sino los pueblos, sino toda la noche los que gritan! Me he desanimado. Te llamo aquí cerca de mi lámpara muerta, con los labios cerrados, con los ojos cerrados.

Tú *vivías*. Ah, quién me dirá si aún respiras, que si mi corazón se detiene el tuyo late todavía, segador al borde de la tormenta, a quien yo vi en otro tiempo cómo me sonreía en el instante mismo del primer relámpago. La primera gota de lluvia brilla como una estrella en tu hombro y hace que tu adiós se estremezca. Durante toda una hora, el